

No hay jóvenes interesados en la guitarra

Maestro de las seis cuerdas, desde hace casi 60 años Roberto Jiménez vive enamorado de todo cuanto nace del instrumento

Lisandra Gómez Guerra

Sus manos conocen cada centímetro del cuerpo armonioso que lo acompaña desde hace cerca de 60 años. Al recorrerlo, con los ojos cerrados, descubre siempre un placer infinito que lo hace levitar. Es una pasión que no encuentra puntos muertos. Por ello, desde hace mucho le declaró su amor íntegro. Una entrega infinita, aunque hoy los compases del paso del tiempo se empeñen en que la traicione.

Pudiera parecer un amor de novela; mas, resulta una relación fiel. Así lo ha afirmado en múltiples ocasiones Roberto Jiménez Tormes, director de orquesta y maestro, cuando se le pregunta por qué siempre se le ve guitarra en mano. Hasta su propia familia ha aprendido a lidiar con eso y reconoce que entre sus prioridades está esa curva remarcada y rodeada de cuerdas, traductora de los más puros sentimientos.

"Esta carrera empezó cuando a mi casa comenzaron a asistir los viejos trovadores de la villa. Me fui interesando poco a poco, hasta que un día me di cuenta de que estaba enganchado completamente", dice uno de los músicos más importantes de la ciudad del Yayabo.

Eran los días en que la casona de Pancho Jiménez, donde residió por muchos años, acogía a Los Hermanos Morgado para que su hermano les pusiera voz a las melodías.

"Fui y soy amigo de todos los trovadores. Me



Para Roberto Jiménez Tormes la guitarra se aprende tocando. /Foto: Lisandra Gómez Guerra

daba mis traguitos con ellos, me iba de serenata porque así transcurrían aquellos días. Tantos han sido quienes me han acompañado en esta aventura como Orlando Marín Ibarra y Reinaldo Méndez, Machy, que la lista es larga", refiere, al unísono de que a su memoria se agolpen las agrupaciones a las que ha pertenecido.

Pero su don, como diamante en bruto, fue esculpido por la maestría de Armando Zamora,

Toto. Llegaba a su casa y sentados como quienes no tenían prisa les sacaban tanta música a las guitarras que solo hacían un *impasse* cuando los batidos con sello de su madre refrescaban el calor desprendido por el instrumento y se convertían en paga de las *sui géneris* clases.

Una metodología educativa que heredó y como a él le ha dado muy buenos resultados a todas las generaciones que le han tocado las puertas de casa para domar las seis cuerdas y nunca han desembolsado dinero alguno como recompensa.

"Disfruto tanto enseñando como tocando. Desde que se ponen frente a mí los hago tocar porque es la única manera que te embullas a no parar", asegura.

¿Por qué las agrupaciones trieras?

Cuando comencé en este camino lo que más había aquí era ese tipo de agrupación. Incluso, los carros anunciadores con sus grandes bocinas que iban diciendo lo que tenían las tiendas alternaban sus alocuciones con música, sobre todo del trío Los Panchos. Esta ciudad era, verdaderamente, cuna de tríos.

¿Suficiente motivo para subirse al escenario con ese formato?

Comencé acompañando a mi hermano y luego se nos unió Armando. Nos íbamos para el programa *Tata Jiménez y sus guitarras*, con duración de media hora los domingos en la

emisora *Radio Tiempo*, en los portales del otrora cine Serafín Sánchez. Estoy hablando de antes de 1959. Al principio teníamos inestabilidad en el nombre porque no sabíamos cuál escoger hasta que llegamos al teatro Martí.

Todo un reto seducir uno de los escenarios más exigentes de La Habana de entonces...

"Fuimos para allá para ir a *Radio Progreso*, pero nos invitaron para el teatro. Al llegar, nos presentamos como Los Chamacos. Entonces, el director del espectáculo nos dijo que aquello sonaba a película mexicana. Rápidamente escogió el nombre de Los Villa, porque éramos de esta zona de la isla".

Reacio a ser considerado compositor, en el extensísimo currículo de Roberto Jiménez Tormes, donde descuellan la Orden por la Cultura Nacional y la distinción Majadahonda 1936, sobresalen sus propias melodías instrumentales: *Brisas de otoño*, *Para Isabel* y *Homenaje a los Panchos*.

¿Cómo nace la Orquesta de Cuerdas Espirituanas?

"Quería tener mi propio proyecto. Alguien expresó una vez que esa orquesta es un trío grande y tiene toda la razón. Quise ayudar a mis alumnos y por eso les dije: vamos a hacer un formato de esa manera y así los voy a poner a trabajar".

La casa, ubicada en Avenida de los Mártires, donde reside este padre de las cuerdas más contemporáneas espirituanas, se ha hecho pequeña por un ir y venir constante de quienes quieren beber de su savia. Ya se ha hecho popular entre ellos la frase: "Deja que Roberto te toque porque donde pone el dedo nace un músico".

"Esto se ha tranquilizado un poco. Antes eran de un tirón 20 sentados por toda la sala. Ahora no hay jóvenes músicos interesados en la guitarra. Se hacen festivales de son y jazz para atraerlos, pero la realidad es que cuando aprenden se van y te dejan solo".

¿No le preocupa que perdamos las raíces?

"Cada pueblo tiene su identidad. Lo que hay que trabajar en base a que puedan adquirir sus conocimientos sin necesidad de que vayan a una escuela especializada en música".

¿Por qué los nervios de punta en el homenaje durante la Feria Tecnológica La Guayabera 5.0, si otros muchos escenarios han sido dominados?

"Me cogió de sorpresa. Sabía que había algo extraño en el ambiente, pero no que fuera de esa manera. Estaba congelado. Toqué por la experiencia".



La Orquesta de Cuerdas fue un proyecto que surgió de la mano de este destacado músico espirituario. Foto: Vicente Brito

Elogio para Adentro

Carlos Celdrán*

Con un lenguaje que busca cifrar la descarga arrasadora del deseo, Abel González Melo vuelve en *Adentro*, una vez más, a sumergirnos en un territorio muy suyo, explorado y coagulado en textos anteriores o colindantes, ya emblemáticos de su producción, como *Chamaco* o *Talco*. Territorio donde la realidad contemporánea cubana es atrapada o presentada desde su esquina más pulsional, más enigmática.

Esta vez, a diferencia de esas otras obras ya estrenadas y conocidas por el público, la inmersión en el deseo es más radical, más oscura. No encontramos en pie escenarios sólidos, realistas, que enmarquen la acción con su contrapeso ilusorio. Por el contrario, solo escuchamos voces que desean, que se realizan en

el estertor animal de una sexualidad reprimida y virulenta que, al explotar, desconcierta, abisma, desarma la lógica moral para desenterrar eso que Abel intenta exponernos a través de los fragmentos con que estructura su pieza: los restos de una conducta desquiciada pero al mismo tiempo real, nuestra, registrable.

Texto merecedor del Premio Nacional de Dramaturgia José Jacinto Milanés 2005, por fin llega a escena en Cuba con este montaje de Roger Fariñas. No será entonces ya una obra que trate de asir un paisaje actual, desconocido, como hubiese ocurrido de estrenarse recién escrita. Su abordaje escénico implica ahora, obligatoriamente, una relectura atenta, consciente de la palabra frente a las certezas de una realidad social ya consolidada en todas sus consecuencias, con la que sin duda esta fábula dialoga desde adentro.

El montaje de esta obra que presenta Cabotín Teatro, de Sancti Spiritus, recién vista en la Sala Adolfo Llauro, Casona Teatral Vicente Revuelta, de La Habana, logra fijar en espacio la fragmentación original del texto de Abel, sus pequeños monólogos derivan, gracias a la concepción de la puesta, en escenas donde los cuatro actores, siempre presentes, interactúan en contrapunto, y donde la imagen visual, a cargo de José A. Rodríguez, complementa las heridas y los silencios omitidos y sumergidos del relato.

El ritual lúgubre, pero al mismo tiempo lírico, logra mostrar la ferocidad y la sordidez de las relaciones humanas, al tiempo que nos convence de las razones que las impulsan.

*Premio Nacional de Teatro 2016 y director de Argos Teatro.



Foto: Ángel Luis Méndez Montagne